

Suplemento semanal de LA PROVINCIA / DLP

Dominical

LA CRÓNICA ■ 7 Días

El 'caso salmón', las actas, los vídeos...



MODA ■ Óliver Sánchez Noda

Bucar ropa con un 'personal shopper'



La batalla de Corralejo

UN SINVIVIR ■ Unas 65 familias, casi todas descendientes de los fundadores del pueblo majorero, luchan en los tribunales para salvar la propiedad de sus casas ante las pretensiones de una empresa

Pesadilla junto al mar



Vecinos de Corralejo que ven peligrar la propiedad de sus casas, esta semana cerca del Muelle Chico. Debajo, Juan Estévez en su casa y retrato antiguo del fallecido Manuel Saavedra. | GABRIEL FUSELLI

MIEDO EN EL CUERPO ■ Más de sesenta familias de la localidad costera de Fuerteventura 'batallan' en los tribunales para evitar perder la propiedad de sus viviendas, algunas centenarias, a manos de una empresa que asegura que los terrenos son suyos. "El pueblo es del pueblo", clama uno de los afectados.



Gregorio Cabrera

La mujer avanza penosamente por el pedregoso y polvoriento camino. Va rumbo al pago de La Oliva. Partió desde bien temprano de Corralejo, el puñado de casas que se diría dejadas allí por el océano en una noche de rebozo. Lleva en brazos un bebé de meses. Delante está el burro con el pescado que compró al clarear el cielo a los pescadores y con el que intentará sacar un beneficio de al menos un realito en el pueblo. Corre la década de los cuarenta. Algunos hablarían hoy de los años en sepia o en blanco y negro. Pero las aguas del sotavento majorero tenían unos reflejos de gema más encendidos. Donde no había tanta luz era en la vida de aquellas gentes de tez ensalitrada y polvorienta. Lucía del Carmen González Caraballo cumple noventa años en enero. Actual-

mente se pasa los días anclada al sofá porque sus piernas quedaron lastradas de tantas fatiga y penuria que pasó. La casa en la que vive es una de las sesenta y cinco del casco viejo de Corralejo que una empresa, Delval Internacional SA, reclama como propias, lo que ha obligado a los vecinos a embarcarse en un farr-



goso proceso judicial, pues nadie pensó nunca que no registrarlas pudiera convertirse en un problema. Tampoco nadie se imaginó que un día apareciera "un tibu-

rón de tierra", como les denomina el portavoz del Comité de Afectados, Miguel Socorro. Pero llegó. En el pueblo le llaman Manolín, como aluden al administrador de la sociedad, José Manuel Jiménez del Valle. Lucía del Carmen lleva el luto en la mirada, donde también asoma la rabia. "Mi marido era de Villaverde, del

INDIGNACIÓN ■ "Antes había más pobreza que hoy, pero era la gente más honrada. A ver quién tiende viejas ahora...", se lamenta Caridad Figueroa

campo, un mago como le decían. Pasamos mucho. Después de tanto trabajo y que venga uno con los bolsillos cargados de dinero y se lo lleve... ¿Está bien

eso?". La pregunta se clava como un puñal entre quienes la escuchan. Por un momento parece que la señora ha viajado de nuevo a aquellas veredas infernales.

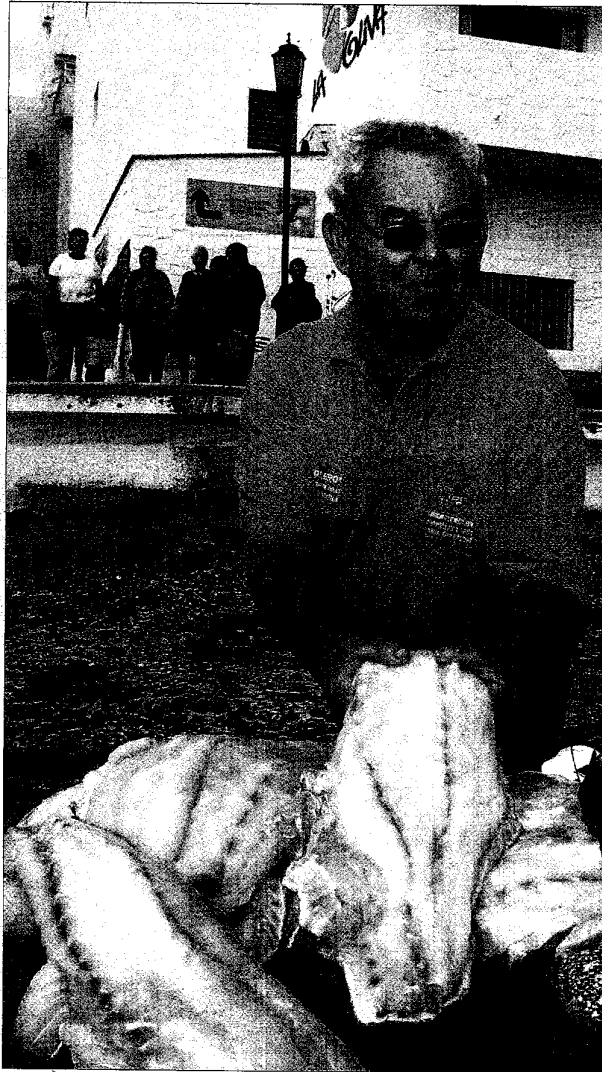
Las olas que remontan La Bocaina, el brazo de mar que separa a Fuerteventura de Lanzarote, se dan de bruces con otro mar, en este caso de angustia y preocupación, desde 2001, cuando Delval adquirió 9.548 metros cuadrados en la localidad a otra empresa, Playas de Lanzarote y Fuerteventura SA, que a su vez había adquirido los terrenos en 1959 a la familia Viñoly. "El propio registrador advirtió a Delval de que había una indefinición, puesto que no se conocían los linderos", explica Becerra. "Posteriormente la empresa solicitó al Ayuntamiento una licencia de segregación, que no respondió en los noventa días que tenía de plazo y entonces la entidad empezó a actuar por silencio administrativo y comenzó a registrar a su nombre y a vender", agrega. Según los datos de la asociación, se han vendido 16 viviendas a

terceros y otras ocho a sociedades que son *tapaderas* de la propia Delval.

"¿Y yo voy a cruzar el charco y dejar de pescar un día para ir a registrar la casa?". Zaragoza Estévez todavía guarda en el recuerdo, palabra por palabra, lo que solía rezongar su padre cada vez que alguien le recordaba que quizás no estaría de más dar asiento registral a la casita que tantos sudores le había costado. Pero es que para formalizar el registro era preciso entonces atravesar el estrecho para llegar a Playa Blanca, al sur de Lanzarote, y de ahí hasta Arrecife. "Si no se iba a pescar tampoco se comía", ilustra otro de los afectados, Paulino Figueroa Santana. En el caso de Zaragoza Estévez, la vivienda familiar cuenta ya con un auto definitivo del Tribunal Supremo que confirma su propiedad, pero todavía está a la espera de poder registrarla definitivamente. El monstruo tiene múltiples cabezas. Cuando se ha cortado una, la que se cree la última, puede atacar otra. Forma parte de la pesadilla que dicen vivir estas personas, que con edades en muchos casos muy avanzadas se ven en la obligación de andar entre abogados y tribunales para defender lo que para ellos siempre ha sido suyo con la misma naturalidad con la que las dunas forman parte del paisaje. "El pueblo es del pueblo. Esto es una artimaña que viene desde hace tiempo. Nada de esto tiene sentido", clama indignado Juan Estévez Figueroa. Cada frase es una llamada.

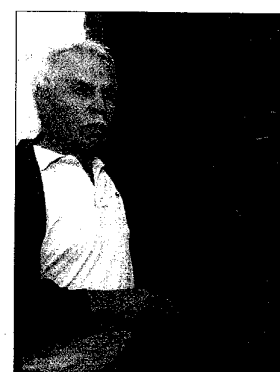
"Sigo sin poder dormir". Hacia el Sur, tapando las vistas de las dunas, se levanta una hilera de grúas, algunas de ellas inmóviles desde hace meses. Pero no han perdido su porte desafiante. Frente al Muelle Chico se extiende la silueta de gigante dormido del Isote de Lobos, el mismo que el escritor Rafael Arozarena, autor de *Mararía*, ensoñaba desde Lanzarote como un gran muslo de pollo en sus días de antenista en lo alto de la Atalaya de Femés, donde pasó jornadas enteras con un puñado de higos porretos y perretoso vino de pata. Quien no sueña porque apenas duerme es María Umpiérrez Morera, que a sus 65 años se ve perdida en el centro de esta gran marejada: "Aquí nací. Toda la manzana era de mi padre, que era marinero y también tenía una tienda aquí y otra en El Cotillo. Todo esto me parece el desastre más grande que pueda haber. Sigo sin poder dormir. La cosa, hablando claro, está bien jodida...". No son tiempos para andarse con florituras verbales.

Un joven con greñas da los últimos retoques a las esculturas de arena que ha levantado sobre la playa del pueblo, junto al Muelle Chico. Representan a dos monstruos. No son tiburones, pero casi. Dos enorme cocodrilos que servirán para arrancar algunas monedas a los turistas. Justo detrás se perfila una casa cuyo patio está adornado con aparejos de pesca. Parece un islote del pasado en medio del bullicioso presente. Restaurantes, inmobiliarias (alguna que otra ya cerrada), escuelas de surf, cafeterías en las que sirven huevos fritos con beicon y judías para desayunar y cuyo olor se mezcla con el del pescado del día de los locales tradicionales, tiendas de recuerdos... El hoy se funde con el ayer, representado por los descendientes de los fundadores del pueblo, el callejero y la toponimia: el Morro de la Vieja, la Playita del Chinchorro, la Caleta del Barco... Viejos *roncotes*, con muchos años de mar en el cuerpo y el alma, charlan en corrillos, algunos ataviados con gorra de capitán.



Sentencias favorables y el 'giro' de la Fiscalía

La estrategia de defensa de las propiedades de los vecinos de Corralejo arroja ya un saldo de casi sesenta sentencias judiciales a su favor. En concreto, han ganado treinta casos en los juzgados de primera instrucción de Puerto del Rosario, otros 18 en la Audiencia Provincial de Las Palmas y un total de nueve en el Tribunal Supremo. El historial del proceso judicial es largo. Sin embargo, el último giro de auténtico relieve se produjo a finales del pasado mes de noviembre con motivo de la más reciente resolución al respecto de la Audiencia. Tras dictar la decimotercera sentencia favorable a una familia, la Sala Cuarta consideró que pueden existir indicios de un delito de estafa continuado en las actuaciones del administrador de Delval Internacional SA, según adelantó el comité. La Sala acordó librar oficio a la Fiscalía Anticorrupción. Además, la Audiencia estimó que Delval "tenía perfecto conocimiento" de que la vivienda en cuestión estaba en el caso viejo, "integrado por una pluralidad de casas que no eran de reciente edificación y que venían siendo ocupadas, en concepto de ducño, desde hace décadas por los pescadores y vecinos, aunque no se encontraran inmatriculadas". | G. C. Reyes



EN PORTADA



Lucía del Carmen González Caraballo, en su casa y en compañía de otra afectada, Isabel Caraballo González. | GABRIEL FUSELLI

De repente, un enorme abrazo de bronce y cariño. En la punta del muellito se tropieza con la escultura de Paco Curbelo que rinde homenaje a los marineros y sus familias. El hombre abraza a la mujer y a su hija sin soltar los aparejos. Los turistas se hacen fotografías con el mar de fondo. Para los vecinos la escena forma parte de su memoria salada. Imágenes similares se podrían agolpar en la cabeza de Higinia Saavedra cuando toma entre sus manos el retrato de su padre, Manuel, limpiando el pescado sobre el marisco. Porque Corralejo nació de la mar, que es su madre. Algunos historiadores apuntan que los pescadores allí asentados fueron los verdaderos introductores de la pesca profesional en el siglo XIX. Muchos de ellos procedían de la vecina Lanzarote y, muy especialmente, de Playa Blanca. Los documentos históricos dan fe de la existencia de una quincena de casas en 1865, cifra que se elevó hasta las sesenta en 1930. Son los cimientos del pueblo y justamente dieron lugar a las edificaciones ahora en litigio. De la historia a los juzgados. Esto les tenía reservado el destino.

"¡Qué trabajos pasó la gente! Recuerdo a las madres embarazadas, con la barriga en la boca, como suele decirse, haciendo montones de ripio para cuando vinieran los maridos de la mar juntarse dos o tres y levantar las casas". El techo de Lázaro Estévez no corre peligro, pero él vive el problema como propio. "Nos ayudábamos los unos a los otros. No hay derecho a lo que está pasando", se enarbata. De piedra, adobe, cal, sudor y lágrimas. Con estos materiales se construyó Corralejo en sus orígenes. Y en la actualidad, un siglo y medio después, sus cimientos tiemblan. Y sus moradores, los de toda la vida, también.

Viejas tendidas. Dos pequeñas centellas negras, enludadas de pies a cabeza, caminan con sorprendente velocidad por las callejuelas de Corralejo. Son las hermanas Caridad y Teresa Figueroa Santana. La angustia se alarga al rostro de ambas. "No se imagina usted lo que es pasar por esto... Cada día es peor. Si uno lo piensa no duerme. Pero qué se va a ha-



Tertulia junto al Muelle Chico de Corralejo. | GABRIEL FUSELLI

ESFUERZOS ■ "Las madres embarazadas, con la barriga en la boca, hacían montones de ripios para cuando vinieran los maridos de la mar juntarse dos o tres y levantar las casas. ¡Qué trabajos pasaba la gente!", rememora Lázaro

cer... No queda otra cosa que batallar. Esperemos que esto se solucione algún día". Caridad lanza al aire estas palabras ante la puerta del restaurante a cuyos propietarios le tienen alquilado el local. El edificio, claro, también permanece en la cuerda floja. Caridad maldice estos tiempos de progreso, al menos supuestos. "Esto era antes todo una playa de callaos", explica señalando con su brazo derecho. "Había viejas jareadas tendidas por todos lados. Había más pobreza que hoy, es verdad, pero era la gente más honrada. A ver quién tiende viejas ahora..."

Más "tiburones". Al extraño casi le sorprende la familiaridad con la que los vecinos hablan del administrador de la empresa, al que todos sin excepción se refieren con el familiar nombre de Manolín. Además, vive en el pueblo, en una urbanización próxima al puerto. "Mi casa la empezó mi abuelo y luego la continuó mi padre. Tenía por la parte de atrás unas chozas para los aparejos del barco, los arenales y unas cabritas. Y ahora coge Manolín y dice que pertenece a lo que él compró". Es el testimonio de María del Carmen Estévez Martín. Candelaria Calero Santana, pelo ceniciento sobre un rostro cálido, apunta que algunos hogares, los más próximos al litoral, también tienen sobre sí la espada de Damocles de los nuevos lindes del dominio público marítimo-terrestre. "Me la quieren quitar. Por ese lado de la empresa y por Costas. La casa tendrá ya unos cien años, más o menos", señala. En el fondo de su ser late el optimismo. "Creo que se van a arreglar las cosas. Lo que pasa es que nos arremeten, que nos amargan..." José Morera Umpiérrez avisa de que no se enfrentan a algo menor, sino a un tinglado que asusta. "Aquí está operando una cantidad de gente de niveles muy altos. Son unos listos y se conocen la ley perfectamente".

Miguel Socorro lanza otro aviso a navegantes, por si alguien se piensa que lo que ocurre en Corralejo es una especie de endemismo urbanístico. "Se está demostrando que hay una realidad extrarregistral y que lo que vale es la historia. Y atención a todos los pueblos", alerta, "porque siempre pueden venir tiburones".